

Formación, organización y escritura de algunos representantes del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil del 68 durante su estancia en la cárcel de Lecumberri¹

Formation, organization and writing
of some representatives of the Consejo
Nacional de Huelga of 1968 student movement
during his detention in the Lecumberri prison

María Eugenia Ávila Urbina

Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM

me65sep@yahoo.com.mx

mara.avila9@gmail.com

Resumen

Los procesos formativos no se limitan a los ámbitos escolares. Existen situaciones límite, como el contexto carcelario, que hacen que dichos procesos se aceleren e intensifiquen. A través de estas páginas revisaré la estancia en la prisión de Lecumberri de algunos representantes del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil de 1968, su singular organización, la manera en que vivieron ese periodo formativo de excepción y la explosión creativa que experimentaron, de la cual surgió la decisión de realizar un texto colectivo que, aunque no pudo llegar a publicarse como tal, fue el germen de una serie de escritos que han alimentado la historiografía de ese periodo decisivo de la vida nacional.

Palabras clave: formación y organización en la cárcel, escritos de Lecumberri, movimiento estudiantil, 1968.

¹ El presente artículo se deriva del trabajo de investigación doctoral que realicé en el DIE-Cinvestav. La beca del Programa Nacional de Posgrados de Calidad del Conacyt fue la principal fuente de financiamiento.

This article is based on doctoral research I carried out at the DIE-Cinvestav. A scholarship from the National Program for Quality Postgraduate Studies run by Conacyt was the main source of financing.

Abstract

Formative processes are not limited to school environments. There are borderline situations, such as the prison context, that cause these processes to be accelerated and intensified. In these pages I will review the time spent in the Lecumberri prison by some members of Consejo Nacional de Huelga [National Strike Committee] of the Mexican student movement of 1968, this body's unique organization, the way they lived during that exceptional formative period and the creative explosion that they experienced which resulted in the emergence of a collective text that, although it could not be published as such, was the seed of a series of writings that have nourished the historiography of that decisive period in national life.

Keywords: *Formation and organization in prison, Lecumberri writings, Mexican student movement, 1968.*

Cuando la puerta negra de metal se cerró a sus espaldas y Luis González de Alba quedó solo, en el centro de la reducidísima celda, pudo recapitular lo que había sucedido: el helicóptero sobrevolando la Plaza de las Tres Culturas, las dos bengalas y el inicio de los disparos. Después, el intento de huida, el caos, los golpes y la captura. Aunque para ese momento el representante de la Facultad de Filosofía y Letras ante el Consejo Nacional de Huelga (CNH)² no sabía dónde estaba, él, junto con Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Pablo Gómez y Eduardo Valle *el Búho*, entre otros, había sido conducido al Campo Militar número uno.

Tras una semana de incomunicación, en la que nadie del exterior sabía la suerte que habían corrido, cerca de la medianoche los sacaron a todos de las celdas. Por primera vez, desde la detención del 2 de octubre, los estudiantes pudieron verse, contar cómo fueron aprehendidos, preguntar por la suerte que habrían corrido los demás, platicar sus temores, abrazarse. Poco duró este momento de tranquilidad pues pronto les comunicaron que los mudarían a la Penitenciaría de la Ciudad de México, también conocida como Lecumberri, penal en torno del cual se tejían muchas historias oscuras.

Desde su creación, en 1900, bajo el gobierno de Porfirio Díaz, Lecumberri se construyó como una prisión de alta seguridad de diseño panóptico.³ Constaba de un edificio circular que tenía en el centro una torre de vigilancia de más de 30 metros de altura, la cual proporcionaba una fácil visibilidad general, y se encontraba rodeada por una especie de calle inter-

² El Consejo Nacional de Huelga nació en agosto de 1968 como el órgano directivo del movimiento estudiantil. Estaba integrado por dos representantes de cada escuela (la UNAM, el Politécnico, El Colegio de México, la Universidad Iberoamericana, entre otras), no admitía la representación de federaciones, confederaciones, ligas o partidos políticos, únicamente de escuelas (Véase Guevara, 2004).

³ El diseño panóptico permite observar desde un punto central lo que sucede dentro del penal y, de manera recíproca, mirar dicho punto central desde cada celda. Con ello se buscaba asegurar un mejor control sobre todos los sucesos del inmueble y ahorrar recursos al ser necesario un menor número de guardias.

na (el redondel); las crujías estaban dispuestas en forma radial (como los gajos de una naranja). Al principio contaba con siete crujías y más de 800 celdas, de 3.60 metros de largo por 2.10 metros de altura (con lavabo y excusado, en su mayoría). Tiempo después, la construcción tuvo que ser ampliada debido a problemas de sobrepoblación.

Los asesinatos en el penal eran asunto cotidiano. En su *Diario de Lecumberri* (1960), el escritor Álvaro Mutis, quien ingresó a la penitencia en 1959 acusado de fraude a petición del gobierno de su natal Colombia, relata sus experiencias con algunos reos del orden común: "Rigoberto mataba por encargo. Haciendo cuentas con él, una noche hallamos que de sus 65 años, 42 los había pasado en la Peni [...] Me confesó que no menos de treinta de sus muertos se los había 'echado' en Lecumberri" (2003: 80). El penal era célebre por sus castigos. A algunos presos se les condenaba a la fajina, que consistía en limpiar la crujía, patio, baños y pasillos de la cárcel durante la madrugada. Los "fajineros" tenían que fregar, por horas, las losas de cemento en cuclillas. Si alguno se desmayaba, los comandos, a fuerza de golpes, lo obligaban a seguir. Entre las sanciones más temidas estaba el apando, una celda de dimensiones excesivamente estrechas donde la inmovilidad, la oscuridad y el aislamiento absoluto, torturaban al doblemente preso.

Quienes sufrieron cautiverio entre sus muros de tezontle, carcomidos por la humedad, recuerdan al también llamado Palacio Negro como un universo regido por el tráfico de drogas,⁴ por asesinatos subrepticios e impunes, por la violencia y el miedo, por los largos insomnios, el gemido de las rejas oxidadas, la dureza de las literas de cemento o de hierro que ahuyentaban el reposo, las ratas, el sonido de las culatas de los rifles de los "monos" (custodios) al golpear las puertas metálicas y "el sempiterno fantasma de la libertad que nos envenena todas las horas" (Mutis, 2003: 109).

Para mediados de 1968, a raíz de la represión que el gobierno de Díaz Ordaz desplegó en contra del movimiento estudiantil, la prisión empezó a albergar en sus crujías a un número creciente de estudiantes, maestros e intelectuales acusados de participar en él. Se procesó, incluso, en calidad de presos políticos, a personas que no tenían nada que ver con el movimiento y carecían de instrucción política (Coletti, 1981: 173). Entre el inicio "formal" del movimiento, el 22 de julio de ese año, y los meses posteriores al 2 de octubre, Lecumberri vio crecer su población de presos políticos;⁵ se hablaba de casi 300 en su momento más alto⁶ (González, 2005: 160), quienes representaban un grave problema tanto para la

⁴ Para 1921, consumidores externos iban a surtir de heroína, opio, morfina, cocaína y marihuana a Lecumberri (Coletti, 1981: 59).

⁵ Se entiende por presos políticos al grupo especial de reclusos que se mantienen en prisión o bajo arresto porque sus ideas suponen una amenaza para el sistema político establecido (García, 2014: 163). La legislación actual considera, por lo general, a la prisión por motivos políticos como una violación a los derechos humanos.

⁶ Contabilizarlos con precisión no era sencillo debido a su constante movilidad (salían unos y entraban nuevos). Coletti señala que para 1969 el número de reos políticos se estabilizó en 165 (1981: 167).

penitenciaría capitalina que padecía sobrepoblación, como para la ya de por sí deteriorada imagen del presidente a causa de los muertos de Tlatelolco. Entre los estudiantes presos se encontraban los representantes de las facultades de Economía, Eduardo Valle *el Búho*; Ciencias, Gilberto Guevara Niebla, y Filosofía y Letras, Luis González de Alba, todas de la UNAM; así como el representante de la Escuela Superior de Física y Matemáticas, Raúl Álvarez Garín, del Instituto Politécnico Nacional; además de los estudiantes Salvador Martínez della Rocca *el Pino*, y Pablo Gómez, militante del Partido Comunista (PC), de Ciencias y Economía, respectivamente. Al llegar al penal, los estudiantes fueron llevados a la crujía H, donde los levantaban a las cinco de la mañana y los sacaban a un patio en que el intenso frío anunciaba el invierno. "En esa crujía las celdas no tenían luz eléctrica ni excusado. En un rincón había un bote de lámina lleno de orines que producía un hedor insoportable" (González, 2005: 160).

Allí pasarían a engrosar las filas de los presos políticos, por cuyos derechos habían pugnado durante el movimiento y cuya libertad representaba parte esencial de sus demandas. La situación de quienes caían prisioneros por tener ideas contrarias al régimen resultaba delicada, sobre todo a partir de las reformas introducidas al Código Penal Federal en lo referente a los delitos de disolución social (previstos en los artículos 145 y 145 bis) por los presidentes Manuel Ávila Camacho, en 1941, y Miguel Alemán, diez años más tarde.⁷

El contacto que los representantes del Consejo habían tenido entre ellos antes del 2 de octubre era superficial; hasta entonces básicamente habían conversado sobre política. Por ello resultaba complicado pasar largas horas conviviendo con desconocidos de lo más heterogéneo en condiciones de hacinamiento. Un par de semanas después de su llegada fueron conducidos a la crujía C (en la que pasarían los casi tres años de cautiverio) donde tanto las celdas como las literas estaban limpias y en buen estado. La situación de la mayoría de los presos políticos fue mejorando de forma paulatina. Un grupo del Partido Comunista, integrado por Gilberto Rincón Gallardo, Gerardo Unzueta, Eduardo de la Vega y Félix Goded, tenía allí tres meses cuando llegaron a la cárcel los representantes del CNH, quienes desde su arribo reclamaron a la dirección de la prisión tratos justos y autoorganización (Entrevista con Álvarez, 2010). Una de las primeras acciones que llevaron a cabo estos representantes fue quitarle el comando de la crujía C al *Toro*, un preso común que tenía fama de violento, y eligieron mediante asamblea un comando propio, donde Álvarez Garín quedó como responsable. Lo anterior representó un gran avance pues, de esta forma, la crujía contaría con una organización surgida de los presos políticos y no de externos, lo cual redundó en una serie de negociaciones con las autoridades del penal que mejoraron sustancialmente su estancia

⁷ Dicho artículo contraviene los principios del derecho penal liberal y se inscribe en la línea de las normas penales totalitarias. "Es inconstitucional [...] y vulnera los derechos públicos subjetivos de expresión, prensa y asociación" (Rosales, 1959: 373).

en la cárcel. Esta situación contrastaba con la que presos políticos de diferentes latitudes tuvieron que experimentar durante sus internamientos en otras cárceles latinoamericanas, donde la tortura y la posibilidad de morir eran asuntos cotidianos; o bien con el maltrato que allí mismo en Lecumberri se había dado a los internos en épocas anteriores. Baste recordar que a principios del siglo xx el estricto reglamento de dicho penal obligaba a todos los internos a guardar absoluto silencio.⁸ Y que, para 1959, el entonces director de la Penitenciaría, Carlos Martín del Campo, recomendó “mano dura” para los ferrocarrileros comunistas, Vallejo y Campa entre ellos; (Viveros, 1981: 72), razón por la que este grupo era continuamente hostigado igual por autoridades que por reos comunes.⁹

Es posible que el motivo de brindar las mencionadas concesiones a los presos políticos respondiera, entre otras situaciones, a que Díaz Ordaz debía contrarrestar, de algún modo, la imagen de intolerancia que había ganado tras los sucesos de Tlatelolco, ya que si bien en México la información sobre lo ocurrido había sido distorsionada o silenciada, en el ámbito internacional sí encontró cauces para su difusión. Más que nunca la apariencia de estabilidad nacional resultaba insoslayable pues la inminente celebración de los Juegos Olímpicos, en octubre de ese año, había atraído la mirada internacional hacia México. Al concluir la Olimpiada, el gobierno se esforzó en disciplinar a sus funcionarios públicos y cerrar el país a la vigilancia internacional. A raíz del conflicto estudiantil la supervisión gubernamental para contrarrestar cualquier signo de infidelidad hacia el régimen se agudizó. Fue por entonces que el secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo, informó a Martínez Manatou, secretario de la Presidencia, que había cesado al entonces embajador de India, Octavio Paz, quien después de abandonar dicho país en protesta por lo sucedido el 2 de octubre “se había trasladado a París en donde, en entrevista al diario *Le Monde*, había calificado la intervención del ejército como ‘acto de terrorismo puro y simple de parte del Estado’”, ante lo cual el gobierno mexicano respondió con indignación e intentó que Francia expulsara de su territorio al poeta, lo cual no ocurrió (Aguayo, 2015: 114–115). Pero el acecho no sólo se ejercía entre quienes formaban parte del régimen; se extendía a todo el que lo contrariara. Por mencionar un caso, la periodista Oriana Fallaci, quien había resultado herida durante los sucesos del 2 de octubre e informado sobre lo ocurrido en Tlatelolco sin la censura a la que se sometía la prensa nacional, fue señalada como adversaria del régimen al punto de que “el

⁸ Francisco Villa, por ejemplo, en su calidad de preso político permaneció encerrado y totalmente incomunicado durante tres meses, sin libros, sin material para escribir, ni nada que le ayudara a sobrellevar el castigo.

⁹ Viveros señala que en cierta ocasión Valentín Campa se quedó dormido en su celda, motivo por el cual fue duramente castigado. Vallejo intervino a su favor ante el capitán *Nicho* (comisionado por las autoridades del penal para “ablandar comunistas”), quien aprovechó la ocasión para amenazarlo y hacerle entender que ningún derecho valía frente a su autoridad. Ante la cerrazón del militar, Vallejo lo retó a golpes “solos en una celda”. Aunque el capitán aceptó, no salió bien librado de la pelea. A raíz de la golpiza propinada al militar, a Vallejo lo detuvieron los celadores y lo llevaron a la cruja N de castigos, además de añadir a su expediente cargos por lesiones y faltas a la autoridad. Sin embargo, a partir de ese episodio los ferrocarrileros ganaron cierto respeto dentro del penal (1981: 72–74).

agregado cultural mexicano en Austria, Rodríguez Beauregard, aseguró en un documento oficial que Oriana Fallaci era 'persona de confianza de la «mafia» siciliana que operaba en Estados Unidos'" (Aguayo, 2015: 117).

No obstante las agresiones hacia quienes se atrevieron a criticar al sistema, lo ocurrido el 2 de octubre había alertado a diversos sectores que desde entonces estuvieron pendientes de los estudiantes mexicanos. Cada vez que alguna representación del extranjero preguntaba al gobierno mexicano por los presos políticos se enfrentaba al hermetismo. Así, cuando un grupo de parlamentarios italianos quiso viajar a México para averiguar la situación de los presos, Relaciones Exteriores respondió que mejor se pusieran a investigar las actividades que en forma constante se atribuían a italianos en cuanto al crimen organizado en distintas latitudes. De igual forma, cuando parlamentarios ingleses preguntaron sobre los presos políticos mexicanos, "la Cancillería les respondió que el gobierno de Su Majestad reprimía en Irlanda del Norte" (Aguayo, 2015: 117). Es posible que la vigilancia ejercida por grupos tanto internos como externos obligara a la Presidencia a actuar con cautela en ciertos conflictos, entre ellos el de los presos políticos, quienes aprovecharon esa situación para obtener prerrogativas que de otra manera hubieran sido inconcebibles, sobre todo en el marco de la Guerra Fría, cuando el atropello a los derechos humanos era asunto de todos los días. Por ejemplo, en lo referente al trato prodigado a sus presos políticos la mayor parte de los gobiernos latinoamericanos contaron no sólo con el apoyo, sino también con la protección de los ejércitos institucionales para torturar y asesinar sin freno legal alguno.

En el terreno nacional, después del 2 de octubre, el gobierno tendría problemas mucho más serios que atender antes que el de los estudiantes presos, pues frente a la decepción por no encontrar respuesta a través de cauces democráticos, una gran cantidad de izquierdistas, algunos de ellos dirigentes populares reconocidos como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, se organizaron para emprender la lucha armada como estrategia revolucionaria. Las guerrillas rurales y urbanas empezaron a actuar con distintos grados de desarrollo político y organización por todo el país, con lo que la represión se recrudeció (Simon, 1976: 166).

Para el verano de 1969 en el Palacio Negro la situación de los representantes del CNH resultaba más llevadera; tres eran las crujías destinadas, básicamente, a los reos políticos: la C, la M y la N. De ellas, quizá por estar integrada en su mayoría por jóvenes, la C resultaba la más ruidosa y animada.

A lo largo de este artículo pretendo revisar la estancia en Lecumberri de algunos representantes del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil de 1968, su organización, la manera en que vivieron ese periodo formativo de excepción, los rasgos comunes en la formación¹⁰ de ese grupo dentro y fuera de la cárcel y la explosión creativa que experimen-

¹⁰ Se entiende por formación "todos aquellos sucesos que le acontecen al individuo durante el trayecto de su vida, en tanto experiencias (en lo que le sucede, y no en lo que sucede), así como la información a la que está expuesto,

taron en este contexto; revisaré también cómo el espacio carcelario aportó elementos particulares a su identidad, a su versión sobre el movimiento del 68, que después quedaría plasmada en algunos de sus escritos, entre los que se cuenta un texto colectivo que, aunque no pudo llegar a publicarse, representó un punto de partida para un conjunto de escritos que nutrieron la historiografía de ese periodo. ¿Cómo experimentaron los miembros del CNH ser presos políticos en Lecumberri durante casi tres años? ¿Cómo influyó la cárcel en su formación, su visión y sus escritos?

La elección de estos militantes responde a que de alguna manera representan modelos a través de los cuales es posible observar rasgos comunes en la formación de un sector ilustrado y politizado de la generación del 68. Al estudiar sus historias y circunstancias (donde destaco principalmente su paso por la cárcel) es posible ubicar cómo se aceleran e intensifican dichos procesos formativos.

Entre las fuentes primarias se encuentran entrevistas que sostuve con Raúl Álvarez, Luis González de Alba, Carlos Sevilla y Manuela Garín, así como los escritos que conformaron el texto colectivo y algunos de los libros que los presos políticos escribieron en la cárcel o de los que fueron protagonistas principales (*El apando, Los procesos de México'68. Tiempo de hablar, Los días y los años y La noche de Tlatelolco*). Entre las fuentes secundarias se cuentan textos de historia general, artículos y ensayos sobre el tema, así como testimonios referentes a la época publicados en revistas, periódicos y suplementos.

Rasgos comunes en la formación de algunos representantes del CNH presos en Lecumberri

Para comprender someramente algunas características de los representantes del CNH que aquí se mencionan¹¹ resulta esencial señalar ciertos rasgos comunes en su formación académica, familiar, cultural y política, además de proporcionar un breve contexto de las situaciones que vivieron en los años previos al 68. ¿Quiénes eran los representantes del Consejo presos en Lecumberri? ¿Qué historias y características tenían en común?

los códigos sociales y culturales de su época, el entorno familiar o los conocimientos que adquiriera". La formación es un proceso amplio y complejo que no se limita a la vida académica, al género, los antecedentes familiares o al estrato social del que se forme parte. Resulta importante entender que las experiencias de un sujeto están relacionadas "a una serie de conceptos e ideales, especialmente en el ámbito de lo cultural, que conforman la visión de lo que en la época y estratificación social se considera aceptable o indeseable" (Vázquez, 2014: 7). Véanse también Larrosa (2003), Gay (1992) y Quintanilla (1991).

¹¹ El criterio de selección de estos jóvenes responde a su grado de participación en el movimiento, los proyectos comunes en los que intervinieron y su reclusión en Lecumberri.

A Raúl Álvarez Garín, Gilberto Guevara, Luis González de Alba, Eduardo Valle *el Búho*, Félix Hernández Gamundi —todos representantes del CNH— y Salvador Martínez della Rocca *el Pino* —quien aunque no era representante del Consejo sí había sido miembro del Comité de lucha de la Facultad de Ciencias y participó en todos los proyectos que sus compañeros emprendieron— se les conocía en Lecumberri como el pregrupo porque, según Álvarez (1998: 204), había una negativa explícita a constituirse como grupo, a singularizarse en exceso. Tenían entre 20 y 25 años cuando se sucedieron los hechos de 1968 y pertenecían a la clase media con acceso a la educación superior;¹² la mayoría estaba por terminar la licenciatura cuando fueron recludos en Lecumberri. Procedían de las dos principales instituciones educativas del país: la UNAM (Guevara, González y Valle, por ejemplo) y el Politécnico (Hernández Gamundi y Álvarez Garín); algunos de ellos habían migrado a la ciudad del interior del país (Guevara y González, de Sinaloa y Jalisco, respectivamente, por ejemplo) o eran de la capital (Álvarez Garín y Eduardo Valle), y su militancia previa variaba en tiempo y profundidad.

En cuanto a este último aspecto, los casos resultaban diversos, pues si bien algunos de los representantes habían iniciado su entrenamiento político al ingresar a la licenciatura o poco antes, otros prácticamente desde niños habían vivido inmersos en procesos políticos del país ya que sus padres eran militantes de organizaciones de izquierda. Era el caso de Raúl Álvarez Garín, quien, para 1968, tenía ya una experiencia considerable (incluso había estado en la cárcel), pues desde los 17 años había militado en el Partido Comunista y participado en otros movimientos sociales, además del estudiantil. Además, sus padres también habían sido militantes en dicho partido. Para entonces, Álvarez se había casado con Fernanda *la Chata* Campa, hija del líder ferrocarrilero Valentín Campa.

Otro representante del CNH con experiencia política y parientes militantes fue Eduardo Valle *el Búho*, quien, en 1965, luchó por la autonomía y una nueva ley orgánica para la Universidad Autónoma de Sinaloa. Para 1967 regresó a la Ciudad de México donde el trabajo conjunto que realizó con Gilberto Guevara, Marcelino Perelló, *la Chata* Campa y Raúl Álvarez, consiguió que la Juventud Comunista recuperara liderazgo.

La mayoría de los representantes del CNH había crecido en hogares donde las mujeres desempeñaban, básicamente, el papel de madres y esposas, incluso en aquellas familias (como la de Álvarez Garín) donde la madre, Manuela Garín, trabajaba como maestra en la UNAM y además participaba en política, pues formaba parte de la coalición de maestros. La mujer dependía del buen arbitrio de su marido, "mi esposo ha sido un buen compañero, nunca *me ha impedido* trabajar y participar en política" (Entrevista con Manuela Garín, 2010). Además,

¹² Para 1970 sólo 6.3% de la población de entre 20 y 24 años tenía acceso a estudiar una licenciatura (Wences, 1984: 137).

algunos de estos jóvenes, como González de Alba, refieren haber tenido padres con actitudes fuertemente machistas (Entrevista con González, 2013).

Varios de los representantes del CNH ingresaron de lleno a la política universitaria al obtener la presidencia de la sociedad de alumnos de su facultad. Fue el caso de González de Alba, quien empezó a involucrarse en política universitaria a través de los grupos Miguel Hernández y José Carlos Mariátegui. De igual manera, Gilberto Guevara afirma que el acontecimiento que dio un vuelco a su vida llegó cuando intervino por vez primera en política estudiantil. Otra constante en estos jóvenes fue que la mayoría de los que escribieron testimonios sobre su formación (Álvarez Garín y Guevara Niebla, entre otros) refirieron haber participado en organizaciones estudiantiles vinculadas al PC, como las Juventudes Comunistas de México o la Central Nacional de Estudiantes Democráticos, y que la mayoría militaba en organizaciones pequeñas donde se fomentaba la discusión y era vital estar enterado a profundidad sobre lo que ocurría en todo el orbe. "La izquierda fue como una reserva, sobre todo para el PRI, de intelectuales y de cuadros" (Ruiz, 2014).

En el terreno cultural, un aspecto en común entre ellos fue que varios leyeron revistas como *Política*, de Manuel Marcué Pardiñas, uno de los órganos informativos más críticos del sistema que dejaba al descubierto temas de la cultura política nacional que nadie se atrevía por entonces a tratar. Además de los suplementos culturales de Fernando Benítez: primero "México en la cultura", en *Novedades*, y después "La cultura en México", en las páginas de *Siempre!* Estos jóvenes tuvieron trato directo (en la cárcel y fuera de ella) con intelectuales, maestros, periodistas y escritores de la época, entre los que destacan Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Manuel Marcué, Heberto Castillo, Eli de Gortari y José Revueltas, quien ayudó a abrir el horizonte tanto cultural como político a los jóvenes: "de alguna manera, y no obstante ser mayor, fue como el puente entre la generación anterior, del estalinismo en su versión mexicana, con la izquierda Nueva que se fue generando en los años sesenta" (Ruiz, 2014).

En cuanto a su contacto con la literatura, algunos de estos miembros del CNH (como Guevara y González) leyeron obras de autores existencialistas, como *La náusea* de Jean Paul Sartre y *El extranjero* de Albert Camus. De igual forma, ambos representantes como muchos jóvenes de la época, se identificaron con *Demian* y *El lobo estepario* de Hermann Hesse; además de los libros de Freud, Mao, Marx y Herbert Marcuse. Estos tres últimos fueron referencias emblemáticas para las movilizaciones de Mayo de 1968 en el mundo.¹³

Por lo que toca a escritores nacionales, estos representantes crecieron con Octavio Paz y Juan Rulfo e iniciaron su juventud con la publicación de *La democracia en México* de Pablo González Casanova, *Gazapo* de Gustavo Sainz y *Farabeuf* de Salvador Elizondo, en 1965, año

¹³ Las tres "emes" (Marx, Mao y Marcuse) realizaron una feroz crítica al capitalismo. Estos autores planteaban la libertad como la principal necesidad real del hombre, la cual cada vez resultaba más difícil de alcanzar en las sociedades industrializadas modernas debido a las necesidades ficticias que creaban.

en que la literatura va mudando sus temáticas. Los jóvenes empiezan a volverse centrales; *Gazapo* es un ejemplo de ello, pues “mostró el proceso de maduración de un joven que rompe con el paternalismo y la convencionalidad para avanzar por sí mismo [...] algo semejante ocurría en el país, cuya población joven se liberaba con rapidez de viejos moldes y formaba una nueva nación” (Agustín, 1991: 235). Es posible que esta tendencia a las rupturas estuviera influida, entre otros factores, por el marxismo, el cual “se le presentó a muchos de los nacidos durante la guerra o en la temprana posguerra, como alternativa a una sociedad llena de exigencias absurdas, como encarnación suprema del anhelado advenimiento próximo de una sociedad libre de opresión y desigualdades” (Elias, 1999: 272). Los aspectos teóricos y morales de la doctrina marxista desempeñaron un papel decisivo en los movimientos estudiantiles y de izquierda que se vivieron en las décadas de 1960 y 1970 en distintos puntos del orbe, incluido México.

Estos jóvenes también disfrutaron a los escritores del *boom* latinoamericano,¹⁴ como Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar y Carlos Fuentes, quienes tuvieron efecto internacional y “propiciaron una nueva sensibilidad e intensas tomas de conciencia de orden político, histórico y social” (Agustín, 1991: 218).

Al incorporarse a sus estudios medios y superiores, estos activistas (sobre todo los que estuvieron en la UNAM) no limitaron sus experiencias al aprendizaje académico adquirido en las clases, pues Ciudad Universitaria tenía, por entonces, una vasta oferta cultural de alta calidad que pasaba por teatro, exposiciones y conferencias, entre otras actividades.

Yo vivía una experiencia maravillosa, me deslumbré con la representación de *El lago de los cisnes* del Ballet Nacional [...] Escuché recitar su poesía a Pablo Neruda. Asistíamos a la Muestra de Cine [...] Woody Allen comenzaba su carrera y sus películas me fascinaban [...] Luis Buñuel siempre nos sorprendía y nos divertía con su lectura despiadada de la realidad (Guevara, 2008).

A estos muchachos les correspondió la época de los “rebeldes sin causa” y de los Beatles. Para 1968 las emisoras de radio programaban “Hey Jude” y “Those were the days” para beneplácito de los jóvenes, quienes se solidarizaban con esas letras con sentido libertario. Aunque en un principio el movimiento parecía sólo una revuelta de carácter político, también ejemplificó una confrontación generacional (Carey, 2005: 3), donde las personas mayores interpretaban las acciones del movimiento como actos desorientados de los estudiantes. Para estos adultos, las nuevas prácticas juveniles, como escuchar ritmos “epilépticos” y el uso de vestidos cortos, podían derivar en serios problemas sociales como los cambios en la moral.

¹⁴ Así se le llamó al momento cuando el público internacional, sobre todo en Europa y Estados Unidos, reconoció la calidad de la literatura que los autores latinoamericanos habían hecho desde la década de 1940.

El uso de la minifalda, por ejemplo, desafió los valores consagrados al recato. A través de dicha prenda se exaltó la excepcionalidad de las jóvenes que comenzaban a destacar en actividades consideradas exclusivas de los hombres. Lo anterior representó una forma de movilidad de las mujeres, que años después derivó en “el entierro de la feminidad tradicional” (Ergas, 1993: 593) relacionada básicamente con la maternidad y el matrimonio.

Fueron muchos los factores que influyeron en la formación de estos jóvenes en los años previos al inicio de la revuelta estudiantil, pues contra la tendencia de entender el 68 como punto de partida de los cambios en la historia nacional, basta revisar las manifestaciones culturales “que evidenciaban desde antes del movimiento estudiantil, un divorcio entre el consumo cultural del sector ‘progresista’ de la juventud ilustrada y el proyecto cultural posrevolucionario [...] que no se crea que privaba un estado de inocencia que se le quitó a la juventud entre los últimos días de julio y los primeros de octubre” (Matute, 1997: 90-91).

En cuanto al ámbito universitario, los partidos políticos dejaban constancia de su influencia en el campus universitario: en un extremo estaban los priistas que pretendían tener el control de las facultades tradicionales de carreras técnicas, como ingeniería, medicina y arquitectura, entre otras, y en el otro extremo se encontraban agrupaciones de izquierda que habían desplazado paulatinamente al partido oficial en las facultades dedicadas a las humanidades; era el caso de Economía, Ciencias Políticas, Filosofía y Derecho (Guevara, 2008). Para 1966 se realizó una huelga en contra del rector Ignacio Chávez, dirigida por alumnos de la Facultad de Derecho. La caída de Chávez trajo aparejada cierta apertura pues en la UNAM se empezó a hablar de la reforma universitaria. En ese escenario, el marxismo radical se extendió como nunca lo había hecho. Una vez que el nuevo rector, Javier Barros Sierra, tomó el mando se produjeron cambios profundos; entre los principales estaban la eliminación del examen de admisión para los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y una renovación de los planes de estudio.

Gracias a la política de libertad y respeto a la independencia de las organizaciones estudiantiles que Barros Sierra aplicó las discusiones traspasaron el terreno universitario y alcanzaron el ámbito de la política nacional. Se iniciaba así un debate sobre la libertad de los presos políticos. Los estudiantes —en especial del área de humanidades— realizaron huelgas de hambre para exigir la libertad de los líderes ferrocarrileros, Vallejo y Campa, que desde 1959 purgaban condena en Lecumberri. Los representantes del CNH no fueron indiferentes a estos cambios, sino agentes activos. Es posible que estas luchas previas que los jóvenes entablaron para liberar a los ferrocarrileros hubieran hecho más llevadera su propia estancia en Lecumberri debido a que ya había camino andado en materia de mejorar sus condiciones.

Durante el siglo xx, la presencia de la izquierda creció de forma paulatina en el debate intelectual mexicano hasta ejercer una marcada influencia tanto en las universidades como en organizaciones políticas. A partir de la década de 1960 una nueva izquierda que inten-

taba dejar atrás el dogmatismo se fue formando. En México fueron los grupos de izquierda los que se opusieron a la dictadura priista, pugnaron por la democracia en el sistema político y los sindicatos, reivindicaron la participación de la sociedad civil y defendieron los derechos de los ciudadanos. A consecuencia de ello fue la izquierda la que padeció cárcel, represión y el peso del sistema autoritario mexicano (Ruiz, 2014). Una preocupación constante para esta nueva izquierda la constituían los presos políticos, evidencia del sistema totalitario que se vivía.

En cuanto al contexto internacional que compartió este grupo de representantes destacan las movilizaciones de jóvenes que surgieron en todo el orbe: Francia, España y Estados Unidos, entre otros. Estudiantes organizados exigían sus derechos y trataban de erigirse como un contrapeso a la represión que se presentaba en diversas latitudes. A través de distintos medios los estudiantes fueron testigos del liderazgo ejercido por el *Che Guevara* en Latinoamérica, así como de la revolución en República Dominicana (1965), además de seguir con atención el surgimiento de Students for a Democratic Society, la guerra de Vietnam y la radicalización del movimiento negro en Estados Unidos.

Otros aspectos que compartieron fueron su inamovible oposición al autoritarismo, la euforia de saberse responsables directos de la transformación nacional y, poco después, la pérdida de esa posibilidad al ser reprimidos y encarcelados. Monsiváis señala que si bien a estos jóvenes el movimiento los unió en la embriaguez, en la certeza de haber vivido “un tiempo intensísimo en las entrañas de la Historia y en el círculo de acontecimientos que cambian el rumbo del país” (2005), la cárcel los fundió en la pérdida y la culpa, pero también en la reparación y el trabajo creativo, y los conformó, indiscutiblemente, en una generación (2005).

La organización en Lecumberri

Pensar el universo carcelario es abismarse en “el hábitat en el que se recluye a los suprimidos, a los que ya no existen para la sociedad. Constituye un mundo extrasocial [...] La cárcel promueve la destrucción de la personalidad [...] La idea del encierro aterra: aterra verse entre sus muros vivo” (Castells, 1977: 11-15). Quizá por ello los presos políticos, como muchos otros que vivían los horrores de la desprotección y la tortura en prisiones latinoamericanas (Chile, Brasil, Argentina), trataron de construir una realidad paralela: un espacio vital de libertad y conocimiento; de lucha organizada y creación.

Entre los problemas que enfrentaron al llegar a Lecumberri estaban el miedo de pasar el resto de su juventud en prisión, ya que sus detenciones se habían realizado sin cargos comprobados ni juicios justos (tenían sentencias que oscilaban entre los 18 y 25 años; Vargas, 1998), y el pesar por los muertos y heridos de Tlatelolco ya que, según las versiones

del gobierno, ellos eran responsables.¹⁵ En ese ambiente de duelo y proyectos de vida truncados, los presos políticos empezaron a reunirse por varias horas para hablar sobre sus experiencias del movimiento y tratar de comprender lo sucedido. En charlas en las que quizá ahuyentaban el miedo y estrechaban los lazos entre quienes por casi tres años compartirían el encierro, se vertían anécdotas, reflexiones, sensaciones que dejaron los apenas cuatro meses de la revuelta.

Durante los primeros meses de cautiverio, miembros del CNH, brigadistas y militantes contaban una y otra vez sus experiencias: "tanto le daban vueltas a una misma anécdota que después de un tiempo para tener de qué hablar agregaban algún detalle o incluso llegaban a exagerar sus proezas" (Entrevista con Sevilla, 2009), lo cual quizá reforzó posteriormente el sentido heroico de sus relatos. Así surgía en boca de uno u otro estudiante el relato de una marcha; la participación en alguna brigada; el recuerdo de algún mitin. Los del Politécnico, como Álvarez, comentaban lo que allí había acontecido, mientras Valle y *el Pino* hablaban sobre su experiencia en las facultades de Economía y Ciencias, respectivamente. Ya uno condenaba la toma de Ciudad Universitaria, ya otro se emocionaba con el apoyo de la ciudadanía, ya un tercero revelaba su experiencia el 2 de octubre. Gracias a este collage de evocaciones, los que no sabían se enteraban, los que no lo habían vivido lo experimentaban a través del relato, y quien no tenía un dato preciso encontraba la ocasión de preguntarlo.

Al poco tiempo de su llegada al penal, estos representantes buscaron la manera de organizarse para seguir su lucha desde la cárcel y no detener sus procesos académicos. A esto contribuyó que aunque Lecumberri era una prisión con medidas de control rigurosas, los reos políticos tenían permitido el ingreso de cualquier libro. Los estudiantes de la UNAM incluso contaban con la concesión de presentar exámenes o preparar sus tesis desde las celdas (Entrevista con Álvarez, 2010). Para octubre de 1968 ya habían llegado a la crujiá M varios profesores e intelectuales, quienes resultarían decisivos en los modos de organización y el uso del tiempo de estos jóvenes. Entre ellos se encontraba el profesor de filosofía de la UNAM, Eli de Gortari, quien se dedicaba a estudiar y escribir para olvidar la angustia que le provocaba su sentencia por más de 18 años.¹⁶ También se encontraban allí Manuel Marcué, director de *Política*; el escritor José Revueltas; el profesor del Instituto Politécnico Nacional, Fausto Trejo, y Heberto Castillo; los dos últimos formaban parte de la coalición de maestros. Castillo consolidó dentro de la cárcel un liderazgo político construido años atrás, y al igual que los ya mencionados resultó un modelo para los estudiantes presos, quienes decidieron,

¹⁵ Díaz Ordaz atribuyó públicamente la autoría del movimiento estudiantil de 1968 a un complot para desestabilizar a México ante la proximidad de los Juegos Olímpicos. Insistía en que "fuerzas oscuras" guiaban la protesta estudiantil con objeto de destruir el orden político existente, y señalaba a los dirigentes del CNH como "agitadores profesionales", quienes habían usado a la "ingenua juventud mexicana" para sus fines.

¹⁶ "Sobre los maestros y estudiantes pesaban acusaciones de: sedición, rebelión, daño en propiedad ajena", comenta Emilio Krieger, abogado que llevó, entre otros, los casos de Castillo, Revueltas y Marcué Pardiñas (Vargas, 1998).

igual que él, ocupar su tiempo libre en procesos creativos durante la estancia en la cárcel. El ejemplo de estos profesores e intelectuales tuvo una fuerte influencia en los jóvenes; por ello, cuando los dirigentes del movimiento estudiantil llegaron a Lecumberri algunas crujías habían sido transformadas en una especie de escuela de política y letras.

Entre los aspectos decisivos para consolidar la organización que los presos políticos lograron en Lecumberri está el hecho de que la dirección se propuso no mezclar a reos comunes con presos políticos, pues, entre otras situaciones, temía que los políticos contaminaran con sus ideas subversivas a los prisioneros del fuero común (Entrevista con Álvarez, 2010). Aunque dicha medida no los eximía del peligro inherente de estar en un penal de máxima seguridad (recuérdese el asalto de los presos comunes a los políticos la madrugada del 1 de enero de 1970), sí les proporcionó una relativa tranquilidad cotidiana. Otras situaciones ya señaladas que les favorecieron fueron los derechos conquistados por presos políticos previos, como los ferrocarrileros y los militantes del PC que ingresaron al penal al inicio del movimiento estudiantil; además de la vigilancia internacional ejercida por gobiernos y organizaciones para salvaguardar su integridad.

Una ventaja más, aunque de carácter local, era que estudiantes —en su mayoría mujeres que participaron en el movimiento— y madres de familia se ponían de acuerdo para llevarles alimentos. “En las escuelas y las casas, los estudiantes sentían compromiso con los que estábamos encerrados, sentían culpa de que los presos fuéramos nosotros y no ellos, por eso se organizaban de manera ejemplar para llevarnos de comer”. Si algún representante del CNH necesitaba una máquina de escribir, un libro, una parrilla o una guitarra, los estudiantes en sus facultades se coordinaban para facilitarles lo que pidieran. “Yo nunca me sentí solo en Lecumberri ni tan querido como cuando estuve en la cárcel” (Entrevista con Sevilla, 2009). Pareciera que el hecho de que sacrificaran su libertad y su proyecto vital por una causa superior que repercutiría en el bien común debía ser correspondido por las bases, por ello algunos se ostentaban, quizá sin darse cuenta, como mártires. Según Cohen y Frazier (2004: 594), “estos líderes se sitúan no como parte del pueblo sino por encima de este [al] reclamar para sí una masculinidad heroica inspirada en la retórica socialista del Hombre Nuevo encarnada en la figura del Che Guevara”. La figura del preso político estaba enmarcada por cierto romanticismo. La idea de ser diferente, “de tener un rango superior”, se había generalizado, había orgullo y arrogancia de serlo. Esta actitud se inscribe en una ideología que aseguraba que el sufrimiento enaltece al individuo (García, 1979: 151).

Para el verano de 1969, los presos políticos sobrellevaban el encierro en un ambiente de derechos obtenidos y camaradería, lo cual les permitió transformar la cárcel en un sitio productivo. Prueba de ello eran los 25 seminarios simultáneos, impartidos básicamente por estudiantes, aunque también participaban maestros. González enseñaba literatura española, “Álvarez Garín, Félix Gamundi y Martínez della Rocca *el Pino*, matemáticas, Unzueta econo-

mía política, Eduardo Valle *el Búho*, geografía, Saúl *el Chale*, historia universal [...] además se tenía planeado un círculo de lectura sobre *El Capital* con *el Pino*" (Poniatowska, 2009: 51). A través de las clases impartidas, estos muchachos dejaron de ser estudiantes pasivos para convertirse, según su formación y habilidades, en "maestros" que apoyaban a sus compañeros en la preparación de exámenes o en la mejor comprensión de un tema. Dichos seminarios hicieron que la cárcel se transformara en un espacio de intercambio de conocimiento, de crítica y exposición de dudas. Desde temprano por la mañana los prisioneros se organizaban para discutir sobre los temas centrales de la escena nacional y leer los periódicos, a veces, en voz alta, especialmente el *Excélsior* y el vespertino *Últimas noticias*. El ambiente carcelario resultó favorable para que estos dirigentes ampliaran sus lecturas. En ese marco, leer y escribir eran actividades medulares. Algunos estudiantes, como González de Alba y Gilberto Guevara, hicieron la tesis dentro; además, varios de los dirigentes del CNH escribían documentos diversos según las necesidades del movimiento, pues aun en la cárcel tenían injerencia en acuerdos y resoluciones.

La cárcel también contribuyó a que los activistas acentuaran su sentido de grupo, de colectividad, el cual resta decir que en su condición de presos resultaba no sólo necesario sino vital. En la crujía C, González de Alba y Pablo Gómez convivían en la misma celda con el dirigente ferrocarrilero Mario Hernández. Allí compartían tanto interminables discusiones como los alimentos con otros presos políticos, como Arturo Zama, Félix Goded, Eduardo de la Vega, Raúl Álvarez, Gilberto Guevara y Eduardo Valle y, a su vez, estos presos los invitaban también a sus celdas, donde entre gritos y bromas transcurrían las sobremesas. En ellas se discutían las ideas políticas de los que tomaban parte, lo cual resultó de un enorme valor formativo para los que participaban pues el hecho de polemizar implicaba aprender a pensar de manera ordenada y, con base en una argumentación clara, defender o rechazar diferentes supuestos. La heterogeneidad de los participantes (aunque casi todos pertenecían a la izquierda, existían marcadas diferencias en sus puntos de vista) proporcionaba una enorme riqueza a estos encuentros. En el Consejo y las crujías ocupadas por los presos políticos existía un mosaico de pertenencias y militancias de lo más diverso, convivían "troskos" (troskistas), maoístas, "peces" (miembros del PC), entre otros.¹⁷

Estas discusiones de los representantes del CNH con otros estudiantes, brigadistas y dirigentes políticos los permitió a realizar análisis de lo vivido, a conocer otros puntos de vista y entender mejor algunos de los procesos experimentados. Estos debates sobre el movimiento no quedaron sólo en palabras, pues tarde o temprano fueron puestos en letras

¹⁷ A pesar de contar con una población muy heterogénea, en la crujía C podían distinguirse tres grupos: miembros del Partido Comunista (desde altos dirigentes hasta militantes de base); ex miembros del CNH y otros presos con afinidades políticas; personas que no tuvieron participación durante el movimiento estudiantil y que habían sido apresadas por coincidir en el lugar en que se desató la represión.

de molde. Si bien algunos de los líderes no publicaron libros que relataran sus experiencias y opiniones del movimiento cuando aún estaban dentro de la cárcel, sí lo hicieron tiempo después.¹⁸ A este respecto, Jiménez menciona que las discusiones de Lecumberri “abastece- rían, con los años, la historiografía del tema en forma de libros o artículos de diversa índole” (2011: 65). En ellas pueden observarse las fuertes diferencias ideológicas que existían entre los presos políticos. Si bien, como antes se dijo, la prisión ayudó a fortalecer filias entre algunos presos, también contribuyó a acentuar fobias. Así surgieron alianzas que propiciaron proyectos políticos y editoriales comunes (como *Punto Crítico*, por ejemplo), pero también distanciamientos definitivos. Y es que a pesar de que los representantes del CNH pugnaban por liberarse de las actitudes autoritarias del régimen, pareciera que sin darse cuenta algunos recuperaron para sí lo opresivo del ambiente carcelario e hicieron suyos algunos meca- nismos de represión en otros ámbitos. Eran intolerantes con sus emociones y necesidades personales y con las de otros, pues las consideraban impropias de un militante.¹⁹

La prisión fue un espacio con muchos rostros, algunos agradables y otros amenazadores; los presos la habían transformado en su nuevo terreno político, pero Lecumberri también se alzaba como un lugar donde la integridad sexual de estos varones se veía amenazada, por lo que se hizo más fuerte la necesidad de dejar clara su heterosexualidad. No debía quedar duda de su masculinidad, sobre todo frente al peligro propio de la atmósfera homosocial que imperaba en el penal.

Algunos de estos jóvenes también eran intolerantes en otros ámbitos, lo cual se reflejó en su homofobia y machismo, en la burla que hacían de los homosexuales (Entrevista con González, 2013) y en la poca participación que concedieron a las mujeres, sobre todo en papeles protagónicos del movimiento estudiantil. Un ejemplo es el que aparece en *Los días y los años*, donde su autor, Luis González de Alba, cita a Salvador Martínez della Rocca *el Pino* cuando afirma que “la política es el camino que algunas mujeres siguen para encontrarse con algunos centímetros de carne cruda” (2005: 80). Cabe recordar que, para 1993, González escribiría un artículo donde exhibió estas actitudes por lo que el otrora cerrado grupo lo excluyó de forma definitiva.

La experiencia que obtuvieron los estudiantes durante los meses de la movilización al organizar diferentes actividades (desde marchas hasta reuniones con autoridades), elaborar discursos y volantes; improvisar mítines y tomar decisiones o dirigirse oralmente a públicos numerosos se complementó con la que recibieron en la cárcel al ampliar sus lecturas, realizar

¹⁸ Raúl Álvarez Garín (1998) y Gilberto Guevara Niebla (2004).

¹⁹ En estudios realizados sobre lo íntimo en algunas memorias de militantes anarquistas, la identidad individual de la mayoría de los activistas se confinaba, por entonces, a una “función social”, pues dicha identidad individual no tenía “más valor en sí que el de representar al grupo del que es constitutiva” (Delhom, 2007: 238). Así, los militantes se cuidaban de mostrar su compromiso con su propia historia familiar o su natural disposición psicológica y siempre anteponían el deber a los sentimientos (Delhom, 2007: 238).

análisis, debatir temas, escribir sus anécdotas, reflexiones y sentimientos, así como, incluso, llevar a cabo (también por escrito) la defensa de las acusaciones que les imputaban, como se verá más adelante. Es posible que sin este encarcelamiento ni los representantes del CNH ni sus maestros hubieran puesto sus ideas y reflexiones por escrito, ya que este espacio les dio la oportunidad de hacer un alto y repensar lo andado.

El texto colectivo y otros escritos de Lecumberri

Durante distintas épocas y en cualquier latitud quienes transitaron por el universo carcelario han buscado la manera de escribir. "Máquina grafómana" (Artiéres, 2005: 135) le han llamado a la prisión, pues sin importar el destinatario o la finalidad del texto ha sido una gran productora de escritos. Da la impresión de que existe una necesidad irrefrenable de escribir cuando se está en cautiverio. Álvaro Mutis da muestra de lo vigoroso de esta necesidad cuando examina, a la distancia, el episodio de su vida carcelaria y se da cuenta que gracias a esa experiencia logró escribir siete novelas, pues antes sólo había escrito poesía (2003: 13).

Acerca de la inmersión en aquel mundo, en el cual, en un inicio únicamente tenía cabida el dolor, recuerda que de entre sus ladrillos centenarios y su terregoso campo deportivo también brotaba la solidaridad de sus compañeros y la urgencia de traducir a palabras sus vivencias para dejar constancia de ellas: "Jamás hubiera conseguido escribir una sola línea sobre las andanzas de *Maqroll el Gaviero* [...] de no haber vivido [...] en [...] 'El Palacio Negro'. La experiencia fue tan radical y penetró hasta rincones tan secretos de mi ser, que hoy la recuerdo con algo que se parece mucho a la gratitud" (Mutis, 2003: 14).

Ni los líderes del Consejo ni los demás presos políticos pudieron sustraerse a la necesidad liberadora de la escritura. Baste recordar que además de los poemas, canciones y cartas que se concebían desde la soledad de las celdas de la penitenciaría también se prepararon materiales para publicación. La escritura brindó a estos presos el medio idóneo para ser escuchados, evidenciar al sistema y ganar una posición de autoridad, pues la palabra escrita confiere poder al que la ejerce y le otorga trascendencia.

Entre las obras que se escribieron y publicaron durante el encierro de los representantes del CNH se encuentran *El apando* (1969), que en la crujía M escribió José Revueltas, quien para entonces ya era un autor consolidado que había publicado por lo menos una decena de libros.²⁰ Esta especie de cúspide literaria del escritor duranguense coincidió con la posición de superioridad moral que le otorgó cierto sector de la intelectualidad mexicana. Por dar un ejemplo, en su libro *Posdata*, Octavio Paz se refirió a Revueltas como uno de los mejores

²⁰ *Los muros de agua* (1941); *El luto humano* (1943), por el cual ganó el Premio Nacional de Literatura, y *Dios en la tierra*, entre otros, además de ensayos y guiones cinematográficos (Revueltas y Cheron [comp.], 2001).

escritores de su generación (ambos nacieron en 1914) y como “uno de los hombres más puros de México” (2005: 252). Es posible que, entre otras razones, la puridad atribuida a Revueltas tuviera relación con el hecho de encontrarse ilícitamente preso. Aunado a lo anterior estaba el hecho de que se le reconocía como a uno de los máximos dirigentes de un movimiento que había sido víctima de la autocracia y como a un sólido intelectual. Pero no sólo Revueltas ganó integridad a través del encierro, del liderazgo del movimiento y de sus obras, esto también ocurrió con otros intelectuales y maestros como Eli de Gortari y Heberto Castillo. Estos últimos consolidaron su reputación, como ya se indicó, tanto por su comportamiento de lucha aun dentro de la cárcel (Castillo redactó desde su celda *Libertad bajo protesta: historia de un proceso* [1973] y varios textos autobiográficos que después concentraría en *Si te agarran te van a matar* [1983]) como por su calidad de injustamente represaliados. Los jóvenes dirigentes del CNH tampoco se quedaron al margen y ganaron paso a paso una solvencia moral que se fincó en su participación en el movimiento, en sus escritos o en su presencia en los textos de otros autores (a través de testimonios o anécdotas compartidas) y en su calidad de héroes caídos. A pesar de ser miembro del equipo de Díaz Ordaz, el entonces director de Petróleos Mexicanos, Jesús Reyes Heróles, criticaba la estrategia del mandatario de confinar a los estudiantes, pues aducía que su paso por la cárcel, más que lograr desmovilizarlos, los convirtió en mártires ante la opinión pública.

Otra obra que se gestó en la cárcel, y se publicó en 1970, fue *Los procesos de México '68. Tiempo de hablar, alegatos de defensa*, de Eduardo Valle *el Búho*, Raúl Álvarez Garín y José Revueltas, en la cual además de mostrarse aberraciones jurídicas en las que se fundamentaron los juicios penales que se siguieron en contra de participantes del movimiento, se presentaba un recuento de sus principales rasgos. Tarde o temprano, casi todos estos presos publicaron al menos un libro del movimiento estudiantil.²¹ Hasta entonces, tanto *El apando* como *Los procesos de México '68. Tiempo de hablar...* habían resultado un ejemplo del poder de la palabra escrita, de la posibilidad de traspasar las rejas del penal con ideas. Quizá lo que actuó como motor y pauta para que algunos de los representantes del CNH se pusieran a escribir de forma sistemática y con fines de publicación fue la propuesta de Raúl Álvarez y Gilberto Guevara, quienes con el propósito de dejar testimonio de lo acaecido a lo largo de los meses que duró la revuelta, empezaron a organizar la escritura de un texto colectivo que rescatara del olvido los sucesos de 1968 (Álvarez y González, 1997: 73). Además de distorsionar a través de la prensa, la radio y la televisión los hechos del 2 de octubre, el gobierno había optado por silenciar lo sucedido: “más irracional que la matanza surge el deseo de establecer que no sucedió, que no hay responsabilidad ni la puede haber” (Monsiváis, 1970).

²¹ González de Alba (*Los días y los años* en 1971), Eduardo Valle (*Escritos sobre el movimiento de 1968* en 1983), Álvarez Garín (*La estela de Tlatelolco* en 1998), Campos Lemus (*68: Tiempo de hablar 30 años después*, 1998), Guevara (*La libertad nunca se olvida: Memoria del 68* en 2004).

A causa de lo anterior y de la inseguridad de la época, “en la cual estábamos a merced de la policía, le dábamos tanta importancia a elaborar testimonios escritos” (Álvarez y González, 1997: 74). Poco a poco, además de Álvarez y Guevara fueron incorporándose más compañeros para que relataran pasajes específicos del movimiento. Entre los invitados a participar en este proyecto estaban, entre otros: Eduardo Valle *el Búho*, Salvador Martínez della Rocca *el Pino*, Saúl Álvarez *el Chale*, Félix Hernández Gamundi y Luis González de Alba (Álvarez y González, 1997: 75). En un inicio acordaron que cada uno de los participantes escribiría un apartado del texto. De esta manera, se dedicaron a redactar lo que experimentaron durante los meses que precedieron a su captura, hablaron de temas que iban desde los inicios del movimiento, de la formación de las brigadas políticas,²² hasta la toma de Ciudad Universitaria. Describieron escenas de represión, pero también narraban cómo la gente se solidarizó con la causa estudiantil; explicaron cómo la participación en esas brigadas politizó a muchos estudiantes y señalaron la forma en que el movimiento era sostenido económicamente por ellas. En suma, todos esos textos trataban de una u otra manera de refutar la versión oficial que los acusaba a ellos de ser los “agentes desestabilizadores” del país. A través de una escritura que desafiaba el confinamiento, impulsada por la necesidad de dejar constancia de lo que había sucedido, estos jóvenes criticaron el aparato de control y subrayaron el carácter pacífico de su lucha. Por medio de los textos, de apretada mecanografía, redactados de manera directa, con un lenguaje en ocasiones no muy pulido (algunos tenían no sólo problemas de sintaxis, sino también de estilo), estos activistas dieron a conocer la versión del movimiento estudiantil desde su interior.

Al principio, tanto Álvarez como Guevara, los promotores del libro, coincidieron en que se trataría de una obra de análisis, un escrito para profundizar en ciertos aspectos que en la prisa de los acontecimientos no pudieron entender. La decisión de realizar esta valoración estaba fincada en la forma en la que se concebía lo importante en esa época, “en el PC todos los documentos estaban llenos de ortodoxia marxista, de análisis, pues lo vivencial no era ni relevante ni serio” (Entrevista con Álvarez, 2010); sin embargo, el encierro al que estaban confinados les impedía contar con las fuentes necesarias para lograr un trabajo más preciso. Por ello pensaron que también sería valioso recuperar algunas anécdotas que relataran las vivencias de los participantes y describieran de manera más personal la efervescencia de aquellos días. Al respecto, Álvarez comenta que cuando le mostró a Rolando Cordera el material que llevaban escrito, él les señaló que en realidad lo que presentaban no era un análisis sino anécdotas y que si querían hacer algo “serio” debían consultar las fuentes per-

²² Aparejado con la represión, el gobierno controlaba la prensa, radio y televisión, los cuales se encargaban de distorsionar los sucesos. Con el fin de contrarrestar esta situación e informar lo que en verdad ocurría se crearon las brigadas políticas, formadas por grupos de cuatro o seis estudiantes que salían a hacer mítines relámpago, pedían dinero, repartían volantes.

tinentes y ser más rigurosos, comentario que según Álvarez los “paralizó en la escritura del libro” (Entrevista con Álvarez, 2010). Entre los muchos problemas a los que se enfrentó esta escritura colectiva estaba el hecho de que no contó con una organización adecuada, ni con una estructura básica que articulara los textos y los convirtiera en material de publicación. Otra desventaja fue que sus promotores estaban ocupados en la dirección del movimiento desde la cárcel, además de que la mayoría de los invitados a escribir no tenían las habilidades necesarias para redactar y coordinar un material de publicación masiva. Tampoco hubo quien unificara la redacción y el estilo de los escritos ni les diera una estructura específica. En suma, aun cuando los textos nunca culminaron en el libro colectivo que se había planeado, la información que derivó de ellos sí sirvió para nutrir otras obras, entre las que destacan, por su inmediatez (pues se publicaron apenas dos años y meses después del 2 de octubre) y por ser las más difundidas del 68 mexicano, *La noche de Tlatelolco*²³ y *Los días y los años*.

Difícilmente dichas obras describirían situaciones diversas con tanta precisión sin que la reconstrucción de hechos realizada en Lecumberri hubiera sido un trabajo colectivo, pues de forma individual lo más que se hubiera logrado en las condiciones de cárcel hubiera sido un testimonio parcial. “La reconstrucción de las situaciones complejas (sobre todo las referentes al inicio del movimiento, los hechos represivos de finales de agosto y los sucesos del 2 de octubre) inevitablemente fue colectiva y, en gran parte, de memoria” (Entrevista con González, 2013). Además del esfuerzo conjunto de rescatar el recuerdo que les permitió reproducir de forma precisa un complejo rompecabezas que solos difícilmente hubieran podido completar, el haber compartido el espacio carcelario en las condiciones señaladas resultó idóneo para la gestación de estas obras.

Algunas de las características comunes de los escritos surgidos de la cárcel son que, en su mayoría, se trata de textos narrativos; varios de ellos son testimoniales o autobiográficos. Aportan una visión desde el interior del movimiento, desde su dirigencia. En *Los días y los años*, *Los procesos de México '68. Tiempo de hablar* y *La noche de Tlatelolco*, los representantes del CNH aparecen como los personajes principales o como los de la voz preponderante. Baste decir que de los testimonios aparecidos en la obra de Poniatowska, cerca de una cuarta parte pertenecen a la dirigencia del CNH, y opacan otras voces que también formaron parte vital del 68 mexicano. Si bien en los textos referidos la temática estaba destinada a dejar constancia de lo ocurrido durante el movimiento, en algunos casos se dio mayor peso a las experiencias vividas en prisión (en *El apando*, por ejemplo, Revueltas hizo a un lado la temática mencionada para concentrarse de lleno en lo carcelario). Estas obras nacidas tras las rejas o cuyo germen surgió del encierro son el reflejo de los debates sostenidos en Le-

²³ En el original del texto colectivo que me proporcionó Álvarez Garín se observan los subrayados y anotaciones de Elena Poniatowska, quien extrajo de estos textos y de las entrevistas que realizó en sus visitas a Lecumberri parte de la información con la que elaboró *La noche de Tlatelolco*.

cumberri, de la diversidad de posturas de los presos políticos, y entre sus objetivos fundamentales estaba tanto refutar la versión oficial como evitar el silencio y el olvido.

Para 1970, Luis Echeverría asume la Presidencia de la República con la “apertura democrática” como lema de gobierno. El mandatario deseaba distanciarse de la administración anterior de forma contundente pues los acontecimientos de Tlatelolco habían dejado al descubierto la intolerancia de un equipo del que él había formado parte. Es posible que impulsado por la necesidad de deslindarse de ese capítulo, el nuevo presidente decidiera poner en libertad a los presos políticos del 68.

Conclusiones

La estancia en la cárcel de estos representantes del CNH puede considerarse *sui géneris*, ya que no se trató de una reclusión caracterizada por vejaciones y torturas cotidianas. El Lecumberri de los representantes, si bien tuvo el enorme peso de la angustia provocada por las largas condenas y el peligro latente de morir a manos de los presos comunes, también representó un invaluable espacio formativo y de organización donde les fue posible convivir y conocer a profundidad las ideas políticas de otros luchadores sociales y tuvieron tiempo para leer y escribir sin que nadie revisara los libros que elegían o los textos que crearon.

En el proceso formativo de estos presos políticos es posible ubicar la influencia de una izquierda dogmática —heroica, machista, que anulaba las emociones y lo individual en aras de lo colectivo y lo racional— que excluyó no sólo a las bases del movimiento y a las mujeres, sino también a sus propios compañeros. También es fácil identificar el surgimiento de una izquierda nueva que abría paso poco a poco a cambios radicales en lo político, pero también en lo cultural y lo social.

Aunque el costo para los dirigentes del 68 fue muy alto en el ámbito personal, las recompensas no se hicieron esperar. El “encontronazo con la Historia” (Monsiváis, 2005) —la súbita dirigencia de un movimiento de masas y la oposición a un gobierno altamente represor— rindió frutos, ya que si bien la prisión les quitó casi tres años de libertad, en contraparte les brindó la oportunidad de ubicarse en un grupo y los dotó de solvencia moral (Monsiváis, 2005). En este sentido resulta importante desmitificar la interpretación del 68 de estos militantes y la imagen heroica que se ha construido en torno de ellos debido a que resta fuerza a otras posturas (las de participantes del movimiento que no eran dirigentes o no estuvieron presos, por ejemplo). Al paso del tiempo, la apreciación de la dirigencia del CNH acerca del 68 se ha vuelto, paradójicamente, la versión oficial de la disidencia.

La abrumadora experiencia de la cárcel aparece con insistencia en la narrativa de algunos de estos militantes y opaca otros aspectos importantes del movimiento. Quizá esto hace que

el tono de buena parte de ella sea panfletario, cuyo radicalismo dejó textos escasamente memorables y se ubique en una supuesta superioridad moral. En contraparte, es posible que la experiencia límite de la prisión dotara a estos jóvenes de una necesidad urgente de trascendencia y, entre otras situaciones, los hiciera poner en juego todo su potencial para organizarse y explorar la capacidad liberadora de la escritura. Las obras que se escribieron en el periodo 1968–1971 en Lecumberri, o que surgieron de ese encierro (sobre todo *Los días y los años* y *La noche de Tlatelolco*, por su incesante circulación) evidencian lo impetuoso de la inteligencia y confirman el derrumbe de los muros ante la energía creadora.

El modo de organización de estos militantes durante el movimiento estudiantil y a lo largo de su estancia en la cárcel podría considerarse como ejemplo de un naciente espíritu de "democracia participativa",²⁴ que empezó a esbozarse en el marco de un cambio global, de ruptura con viejos moldes y con lo dogmático, de la emergencia de una nueva izquierda que luchaba en el mundo entero contra toda clase de autoritarismo al defender y colocar en el centro de sus agendas a los presos políticos.

Fuentes

- Agustín, José (1991), *Tragicomedia mexicana*, Planeta, t. I, México.
- Aguayo, Sergio (2015), *De Tlatelolco a Ayotzinapa*, Ink, México.
- Álvarez Garín, Raúl y Luis González de Alba (1997), "68: Dos aclaraciones", *Nexos*, núm. 239, noviembre, pp. 73–77.
- Álvarez Garín, Raúl (1998), *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del movimiento estudiantil de 68*, Grijalbo, México.
- Artiéres, Philippe (2005), "La prisión de finales del siglo XIX, una máquina grafómana", en A. Castillo, y V. Sierra (coords.), *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Trea, Gijón, pp. 135–146.
- Carey, Eleina (2005), *Plaza of sacrifices. Power and terror in 1968, Mexico*, University of North Carolina, Chapel Hill.
- Castells Arteché, Miguel (1977), *Los procesos políticos*, Fundamentos, Madrid.
- Coletti, Aldo (1981), *La negra historia de Lecumberri*, Universo, México.
- Castillo, Heberto (1973), *Libertad bajo protesta: historia de un proceso*, Federación Editorial Mexicana, México.
- Castillo, Heberto (1983 y 2012), *Si te agarran te van a matar*, Porrúa, México.
- Cohen, Deborah y J. Lessie Frazier (2004), "México 68: hacia una definición del espacio del movimiento, la masculinidad heroica en la cárcel y las 'mujeres' en las calles", *Estudios Sociológicos*, vol. XXII, núm. 66, septiembre–diciembre, pp. 591–623.
- Delhom, Joël (2007), "Lo íntimo en algunas memorias de anarquistas españoles", en Antonio Castillo (dir.), *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo*, Trea, Gijón, pp. 233–258.

²⁴ La *democracia participativa* es un sistema de organización política que otorga a los ciudadanos mayor capacidad de intervención en la toma de decisiones de carácter público y su rol no se limita al sufragio sino que es protagónico, activo y propositivo dentro de la política.

- Elias, Norbert (1999), *Los alemanes*, Instituto Mora, México.
- Ergas Yasminel (1993), "El sujeto mujer: el feminismo de los años sesenta-ochenta", en Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente*, Taurus, Madrid, vol. 5, pp. 593-618.
- García Ramírez, Sergio (1979), *El final de Lecumberri: reflexiones sobre la prisión*, Porrúa, México.
- García Ramírez, Sergio y Laura Martínez Breña (2014), *Presos y prisiones: el sistema penitenciario desde la perspectiva de los derechos humanos*, Porrúa-UNAM-Programa Universitario de Derechos Humanos, México.
- Gay, Peter (1992), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud*, 2 tomos, Fondo de Cultura Económico, México.
- González de Alba, Luis (2005), *Los días y los años*, ERA, México.
- Guevara Niebla, Gilberto (2004), *La libertad nunca se olvida*, Cal y Arena, México.
- _____ (2008), "Una escuela de libertad", *Nexos*, núm. 368, agosto, documento disponible en <historico.nexos.com.mx/articulos.php?id_article=1816&id_rubrique=830> (consulta: 20/05/2010).
- Jiménez Guzmán, Héctor (2011), "El 68 y sus rutas de interpretación: una crítica historiográfica", tesis de maestría, UAM-Azcapotzalco, México.
- Larrosa, J. (2003), *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Matute, Álvaro (1997), "El 68 y la historiografía en México. Alcances y limitaciones", *Estudios Historiográficos*, pp. 87-95.
- Monsiváis, Carlos (1970), "Aproximaciones y reintegros", *Siempre!* (suplemento *La Cultura en México*), núm. 453, 14 de octubre.
- _____ (2005), "El 68 y Gilberto Guevara", *Nexos*, núm. 327, marzo, disponible en <www.nexos.com.mx/?p=11453> (fecha de consulta: 02/11/2012).
- Mutis, Álvaro (2003), *Diario de Lecumberri*, México, Punto de lectura.
- Paz, Octavio (2005), *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Poniatowska, Elena (2009), *La noche de Tlatelolco*, ERA, México.
- Quintanilla, Susana (1991), "La formación de intelectuales del Ateneo", *Historias*, núm. 26, pp. 89-103.
- Revueltas, José (1998), *El apando*, ERA, México.
- Revueltas, Andrea y Philippe Cheron (comps.) (2001), *Conversaciones con José Revueltas*, ERA, México.
- Rosales Aguilar, Rómulo (1959), *La ley de disolución social y su aplicación aberrante*, Galeza, México.
- Ruiz Mondragón, Ariel (2014), "El pensamiento de izquierda: renovarse desde la tradición. Entrevista con Carlos Illades", *Etcétera*, núm. 158, 23 de enero, disponible en <www.etcetera.com.mx/articulo/el_pensamiento_de_izquierda_renovarse_desde_la_tradicion/23632/pagina/2> (fecha de consulta: 10/01/2015).
- Simon, Matilde (1976), *La tortura política en América Latina*, Posada, México.
- Vargas, Rosa Elvira (1998), "Las detenciones sin base legal, señala Emilio Krieger, defensor de los dirigenes", *La Jornada*, 2 de octubre.
- Vázquez, Julián (2014), "Federico Gamboa: Análisis de una formación (1878-1993)", tesis de doctorado, DFE-Cinvestav, México.
- Viveros, Marcel (1981), *Anatomía de una prisión: 1525 días en Lecumberri y Sta. Martha*, México, Diana.
- Wences Reza, Rosalío (1984), *La universidad en la historia de México*, Universidad Autónoma de Guerrero-Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Entrevistas

Entrevista con Carlos Sevilla, preso político en 1968, abril de 2009.

Entrevista con Raúl Álvarez Garín, representante de la Escuela de Física y Matemáticas del IPN y preso político en 1968, enero de 2010.

Entrevista con Manuela Garín, representante de la Coalición de Maestros de la Facultad de Ingeniería, UNAM, y madre de Raúl Álvarez, junio de 2010.

Entrevista con Luis González de Alba, representante de la Facultad de Filosofía y Letras y preso político en 1968, octubre de 2013.

Documentos

Álvarez G., R., G. Guevara N., L. González de A., G. Hernández, S. Martínez della R., E. Valle E. *et al.* (1969), textos que realizaron miembros de la dirigencia del CNH, presos en Lecumberri, para integrar el texto colectivo que no se publicó.

MARÍA EUGENIA ÁVILA URBINA. Docente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Doctora en ciencias con especialidad en investigaciones educativas por el DIE-Cinvestav. Líneas de investigación: formación de los intelectuales y de las instituciones de cultura en México 1950–1980, e historia de la cultura escrita, siglo xx. Publicaciones recientes: “La revista *Plural*: periodismo cultural crítico”, en C. Avilés, E. Hernández y J. Horta (coords.) (2011), *Periodismo en México. Recuentos e interpretaciones*, Porrúa, México, pp. 275–288.

Recibido: 17 de julio de 2015

Aceptado: 22 de abril de 2016